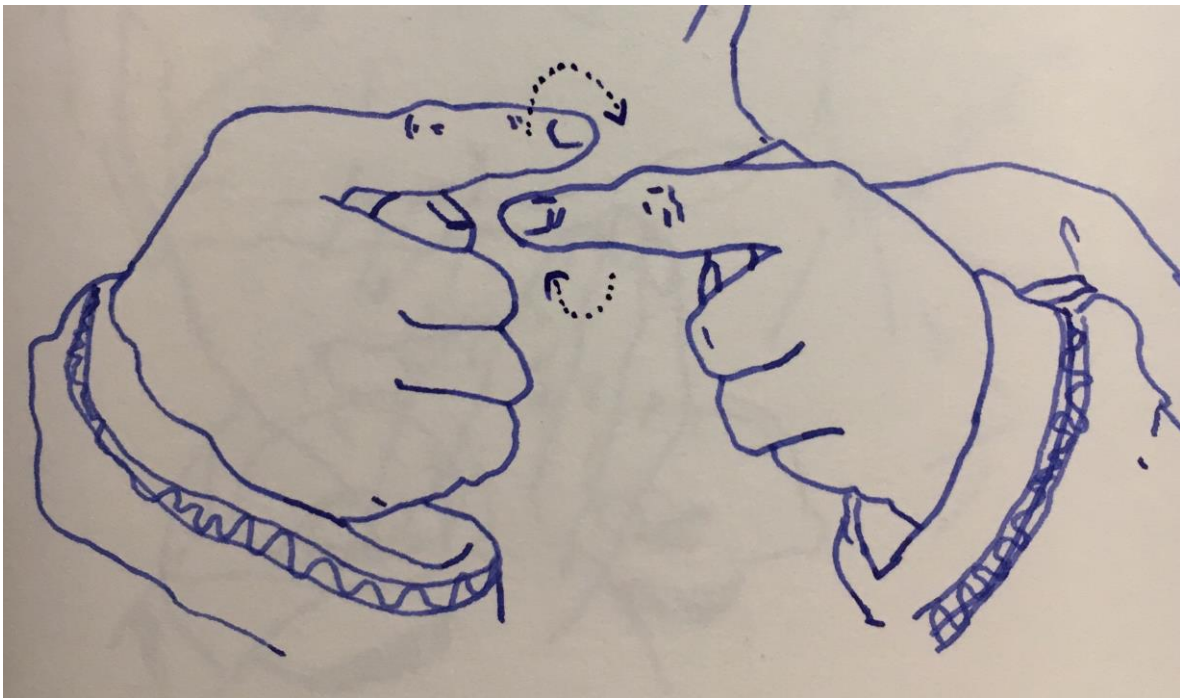


## La máquina de inventar

Adentro mío tengo una máquina. Es del tamaño de un sacapuntas y se ubica a la altura del ombligo, pero atrás, por mi espina dorsal o así. Es mecánica y hace un ruido muy bajito como *tssss*, *chrrr*, *tiqui tiqui tiqui*. También murmulla con voz femenina. De a ratos suelta nubecitas de vapor blanco que se disuelven entre mis tripas.

El movimiento que hace la máquina de inventar no se puede traducir a la palabra. Se trata de un movimiento inverbalizable que es, más o menos, una cosa así:



La máquina de inventar se ve como una aglomeración de millones de partes mínimas que aparentan moverse de la misma manera. Como si todas las partes pudieran ser cualquier parte. Si se observa más detenidamente, se empieza a notar que el movimiento de cada fragmento es particular, íntimamente diferenciado de cada uno de sus pares. Todas las piezas están en su máximo nivel de entusiasmo, pero *el entusiasmo de cada una es distinto*. Saltan o tiemblan continuamente como a punto de explotar, efervescentes, en estado de posesión demoníaca.

La máquina tiene dos engranajes metálicos unidos, que giran todo el tiempo haciendo mucha fuerza uno contra el otro. Desde el punto de fricción de esos engranajes se derraman posibilidades. Cientos, miles de posibilidades negras y viscosas van deslizándose hacia abajo, atraídas por el centro de la tierra como un metal pesado. Las posibilidades nacen

prendidas las unas a las otras. Es un proceso parecido al de las termitas reinas, que vomitan bebés continuamente. Pero no. Es parecido pero es diferente.

La máquina de inventar está segura de que es eficiente. Se convence hasta la médula de su precisión. Se considera una experta, tan competente como un tren japonés. La máquina de inventar es un desastre. Su naturaleza es mantenerse siempre al borde del colapso, con los tornillos a punto de saltar por los aires y todas las arandelas bailando. La máquina se recalienta, se enoja y parece que va a implosionar sobre sí o se va a ahogar o estallar como una minúscula supernova dentro de mi cuerpo. Pero el dispositivo se mantiene firme, lleno de vida y medio muriéndose al mismo tiempo.

La máquina de inventar no sirve para nada.

Soy prácticamente incapaz de levantarme temprano y sé de cocina lo mismo que de física cuántica. Tengo serios problemas para distinguir izquierda de derecha. No tengo la más remota idea acerca de qué es un impuesto o cómo leer un contrato. Soy cómoda al punto de vivir en capital y no saber usar el subte. Compró el algodón en pompones para no molestarme ni en cortarlo. Insisto en comprar lechuga sabiendo que no me la voy a comer y que me va a mirar triste y mustia desde el fondo de la heladera durante las próximas dos o tres semanas. Nunca aprendí los días de la semana en inglés ni el orden de los meses. El manejo del dinero es para mí un terreno oscuro, misterioso, lleno de palabras extrañas. Experimento un placer casi obscuro al hablar mal de la gente.

No recuerdo el cumpleaños de absolutamente nadie sobre la faz de la tierra. A decir verdad, me sorprende estar al tanto de qué día de la semana es hoy. Perdí tantas veces los documentos que casi puedo asegurar que me van a multar la próxima vez que los haga. El registro de conducir se me venció hace cinco meses. La luz y el gas hace uno. Hace cuatro días que no sé dónde están las llaves de mi casa y ayer fui al médico pensando que era 24 de abril. De más está aclarar que llegué media hora tarde.

Es un milagro que todavía no haya prendido fuego mi departamento. Tomo suficiente café como para levantar a un comatoso. Por lo general tengo el mismo tacto que un rollo de virulana y soy una asesina serial de cactus. No se pedir perdón ni mentir con seguridad. Creo que mi gata tiene razones lógicas para odiarme y no recuerdo cuando fue la última vez que lavé el auto.

Le tengo terror al éxito, la locura y las cucarachas por partes iguales. Me irrita en sobremanera la gente mal vestida. Perdí aviones por quedarme dormida. Uso anteojos para hacerme la interesante y jamás leí a Borges. No entiendo de política. Los mozos no me dan pelota. No puedo habitar más de 20 segundos un lugar sin convertirlo en un pequeño caos. Soy inmune a los relojes y no sé dividir por dos cifras.

En cambio, soy una experta en abrir puertas con tarjetas y en hacer maletas. Tengo un talento innato para lo inútil, lo intrascendente. Soy habilidosa para las mudanzas. Creo que ya aprendí a identificar hace cuántos años se conoce una pareja con verlos diez minutos en un bar. Tengo buen ojo para los cuadernos y las mochilas. Puedo dibujar a mis manos y a mi novio casi de memoria. Sé encontrar buenos lugares para comer y aprendí a cuidarme del sol. Puedo llevar un sombrero con elegancia y a veces hasta le devuelvo los táper a mi madre. Soy capaz de encontrarle un parecido a casi todo el mundo y hago palabras cruzadas con una velocidad digna de mención. Conozco el significado de los términos liminar, aquelarre, panacea, patíbulo. Sé caerme al piso sin lastimarme. Se me dan bien los juegos de ingenio y el Dígaló con mímica. No me arrepiento de ninguno de mis tatuajes y tengo modales decentes en la mesa.

Sé muy pero muy bien cómo empezar las cosas.

## Punto A

Gatos. Tres gatos. La silueta de tres gatos rojos sobre la puerta. Rojo sangre, seca y rancia como la siesta. El vacío, siempre el vacío, un poco partido al medio, en el centro de la habitación. A los lados se te amontonan las cosas. Anónimas. Tus libros. Tu olor. Tu olor y mi miedo, mi miedo y mi sed. El miedo mezclado. Decís algo y me mirás a los ojos. Bajo la mirada. Cobarde. *Tibia, así sos*. Busco algo que justifique esta huida. Torpe. Obvia. Decís no sé qué. Me quiero ir. El frufú de la cortina con el viento un poco húmedo. Me ponés nerviosa. El silencio apretado y tu olor y tus ojos me clavan al piso. Dale. No soy una nena, soy una mujer. Soy una mujer que baila. Te miro. Sostengo. Me mantengo en la cuerda floja. Adentro mío algo tiembla. Por las dudas me limito a espiar desde detrás de mis rodillas. Es absurdo. No importa lo que haga, me leés. Es inevitable. *Todo movimiento es inevitable*. Consigo hilvanar una frase. Sonrío. Sonreís. Me sonreís. Creo que llueve. ¿Qué día es hoy? Te acercás. ¿Cómo llegaste hasta acá? Te acercás. Te acercás lo suficiente como para que sienta el cambio de temperatura del aire alrededor tuyo. Pará. El corazón me golpea con violencia el pecho. Lo siento. Lo escucho. Toc, toc, toc. Me hace doler. No proceso. Dónde está mi cuerpo, no siento los pies. Toc, toc, toc. No lo escuches. El olor de tu piel. El perfume barato. Odio el perfume barato. La oleada de rabia. *Usa perfume barato y no tiene muebles*. Si no fuera por la gravedad y tus ojos que me arrancan el cuerpo y me destrozan las costillas me iría de acá. Me concentro en el hilo que sale del hombro en tu remera, ahí donde se une la manga con el resto, sí, sí, ahí me concentro, en esa costura, y no te miro y ahí no estás tanto. No te acerques más por favor. Me mirás. Pesa la forma en que me mirás. Podría estar ciega adentro de un pozo muy profundo en Katmandú e igual sentiría tus ojos impunes como de criatura o de animal comprimiendo el espacio a mi alrededor. Quiero llorar. Levantás despacio la mano derecha. O desmayarme, o algo. Lento. Contacto. Contacto. Me disuelvo. Tu piel cálida. Tus manos amplias detrás de mis orejas pálidas. Mi estómago adoptó el tamaño de una arveja y vos me acaricias la mejilla. No entiendo.

Me besás.

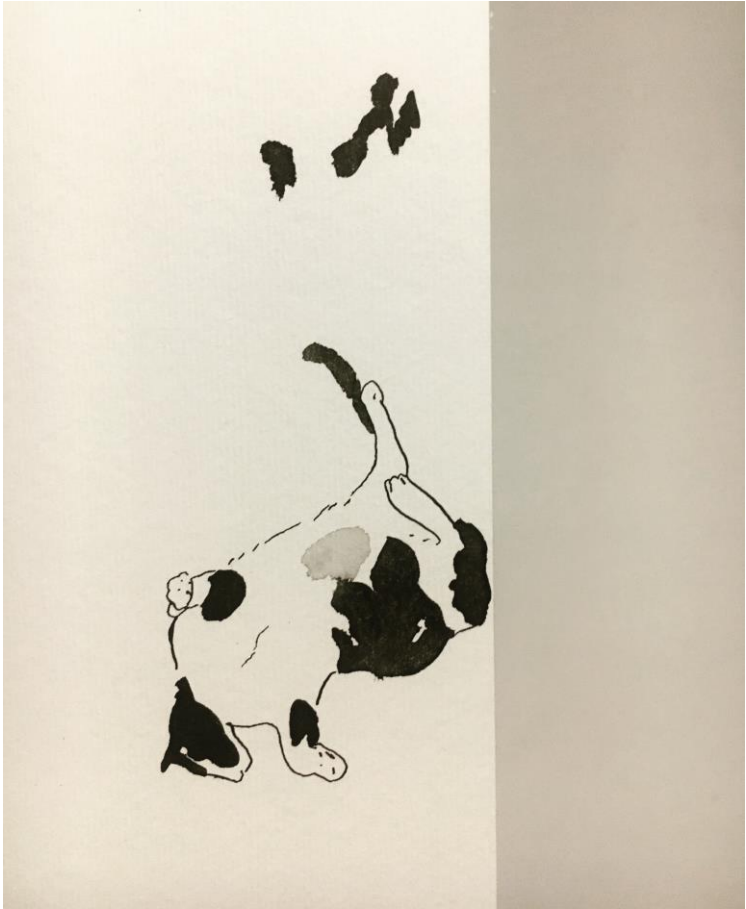
El silencio.

No entiendo, no sé dónde estoy. El dolor me muerde el esternón.

—Me tengo que ir.

Me preguntás que por qué, que qué hiciste, que si estoy bien, que qué pasa. Pero yo ya estoy afuera caminandocorriendo con las manos embutidas en los bolsillos y la tráquea hecha un bollito. Quiero llorar y la costra o exoesqueleto que me sostiene en la realidad no me lo permite.

*Tibia resultaste, para variar.*



Hacía meses que me aburría. Era lo único que hacía. Aburrirme por la mañana, al mediodía, a la hora de la siesta. Me aburría durante la cena y me aburría cuando sacaba la pierna derecha de las sábanas para dormir. Había medio abandonado mi carrera y no lograba cuajar del todo con las cosas. No tenía horarios ni obligaciones, todo mi tiempo estaba desclasificado, como sin nombre.

Un día hice algo. Lo que pude en ese momento. Limpié mi casa, compré comida. Repollitos de bruselas, mandarinas, manzanas rojas. Un anco pequeño. Le cambié las piedras al gato. Lavé hasta las zapatillas. Me hice un calendario bonito y amarillo. Me inscribí en cosas para hacer. Era enero y el sol entraba casi sólido por la ventana.

A la primera clase fui solamente yo.

Pasó sin sobresaltos. Sin torbellinos ni olas ni tornados ni tsunamis del pacífico. Y sutil, invisible, una piedra en el fondo del mar. Una piedra del tamaño de una uña y el peso de un rinoceronte.

Esto fue un lunes. El martes lloré.



**Día 5**

Es abril.

Necesito quitarme el mal sabor de boca. O de cuerpo. Lo peor del abandono es el proyector en el fondo de mi cerebro que reproduce los sucesos en loop. No está al frente, no toma la luz, pero está ahí como un ruido blanco. Es parte de mí y no lo puedo borrar. El mal sabor de boca. Siento que mi cuerpo no es mío.

Esa noche me rasqué una picadura hasta lastimarme. Me pica de a ratos. Intento no rascarme más. Estoy en período de recomposición. Necesito quedarme callada y seria mucho tiempo. Quedarme callada, seria. *Calladayseria*. No comer. Callada y seria como un aprendiz de monje tibetano. Sentir como mi peso es atraído hacia el centro de la tierra. Eso está bien. Quedarme horas en esta misma posición sintiendo como se vuelven a alinear mis engranajes está bien.



Pero no puedo ser una planta para siempre. Vuelvo a mis engranajes. Monje tibetano, el menor movimiento posible. Enciendo un cigarrillo y miro por la ventana. Está por llover. Es un día para estar inmóvil, maravilloso. Me concentro en mirar un punto fijo con expresión de nada y fumar. Suena la voz en off en mi cabeza.



Mi cuerpo en realidad ya no era mío antes de todo. No entiendo. O estoy descubriéndolo y no me gusta. Estoy en el auto escuchando algo. Intentando transformarme en algún vegetal. Una berenjena. Hacen un ruido profundo en mi interior. O un zapallito. En la radio hablan de que Adele gano no sé qué premio. *Hace ya dos semanas que se ubica en las listas de los más escuchados...* Cambio de radio. Está sonando la misma bendita canción de Adele en otra emisora. Me vuelvo persona de nuevo. Soy parte del mundo. Estos microsucesos hacen que, por un lado, la realidad me resulte verosímil. Y, por otro lado, me dan la sensación de estar viviendo en la Matrix o en Truman Show. Son como fisuras en la realidad que la exageran. Una realidad con esteroides donde se filtra la mentira. La cartapesta, el decorado de atrás. El cielo es demasiado azul, la gente toda parecida. Mi vida tiene guion. Me salió todo demasiado bien, es todo demasiado fácil. Me aburro. Doblo en Callao. Sol. Todo demasiado fácil y, al mismo tiempo, lo suficientemente estándar como para nunca sobresalir. Yo lo sabía. Mi cuerpo y yo lo supimos todo el tiempo. Pero era inevitable, estaba en el texto.

*(En la cama, de noche. Hay una luz prendida y las sábanas enredadas. Ambos personajes están desnudos. Ella hecha un bollo, él extendido boca abajo con los ojos cerrados. Ella se sienta en la cama. Se rasca la pantorrilla. Está tensa.)*

F: –¿Qué pasa?

\*\*\*: –Estoy pensando si irme o quedarme.

F: –Hacé lo que quieras.

*(Funde a negro).*

Obvio.

Ahí el loop otra vez. Lo voy a diseccionar como a una rana. Aparecerá a las cuatro de la mañana cuando no pueda dormir, mientras intente leer y en las grietas de los martes. Y mi vida fantásticamente feliz con mi hombre océano seguirá, por los siglos de los siglos, amén. Tiene un poco de actor afectado y un poco de su madre. Su brusco descenso de peso. ¿Qué habrá pasado para que se consuma de esa manera? Repaso los gestos que hizo cuando se lo pregunté. Se descolocó. Me gusta la cara que pone cuando pasa algo que no espera. Pensó dos o tres segundos, eligiendo la respuesta, volviendo al eje. Respondió con evasivas. Me miró como queriendo preguntarme algo. Disfruto pensar que siempre está queriendo preguntarme algo. O, al menos, que algo queda siempre sin decir entre los dos. Que hablamos de teatro y obras y como está el tiempo y qué bien están las chicas y me encantan tus clases, para no hablar del silencio. Me encantaría que comprenda que mi amor hacia lo que él hace es sincero. Es profunda admiración, que existiría aunque no me *gustara*. Lo incomoda que le hable de eso. A lo mejor es un psicópata.

Estaciono entre la oscuridad, la vieja de enfrente y sus mil gatos negros. Crecieron rápido, la última vez que vine eran cachorritos torpes que estaban siempre en peligro de ser aplastados por un coche. Ahora son tres gatazos adolescentes que, orgullosos, me miran llegar desde el otro lado de la reja. Antes eran cinco. Espero que los otros hayan sobrevivido.

Hola mamá, hola papá ¿Ya comieron? No ma, dejá. Yo me hago algo, qué bien que hiciste sopa. Ceno medio tazón de sopa de verduras y mordisqueo una especie de pastelito de acelga con tomate. Tiene gusto a microondas. El loop habla bajito pero está. Me preparo un café. Me siento en el sillón de dos cuerpos con mi madre. Mis padres están viendo una película estilo proyecto Blair Witch. Mi padre observa desde su sillón individual, gris topo, a la izquierda mientras, en el asiento blanco de la derecha, duerme mi gato Satanás. Mi gato es grande, blanco de manchas negras. Es muy malo y muy soberbio. Mi padre se levanta y mueve al gato de un sillón a otro. A veces hace esas cosas con el gato. Moverlo de un lugar a otro, como si estuviera ordenando un manojito de lápices para que queden todos paralelos y con la punta hacia arriba. Mi madre se impacienta cuando mi padre mueve al gato y empieza a hacer ruidos o gestos mientras teje en su sillón de dos cuerpos. El gato, después de un rato, sale del lugar que se le ha impuesto y va a desperezarse sobre mi madre. Satanás amasa a mi madre y se babea. A veces hace esas cosas con la gente. Babearse sobre ella cuando lo acarician. O cuando no. No sé si es medio idiota o medio malvado mi gato Satanás. Alguna parte de mi consciencia habla con la voz de Gollum. Ese pedacito, puntualmente, también se ve como Gollum. Sí, los huesitos marcados, las mínimas fauces de dientes oscuros. Está cerca de mi coronilla acurrucada en la oscuridad, susurrándome. Agarro a Satanás y lo dejo que me babea.

\*\*\*: –Qué bien que vos no hablás, Satanás.  
(*Suspira y mira a público, resignada. Apagón*).



*Distracción numero uno.*

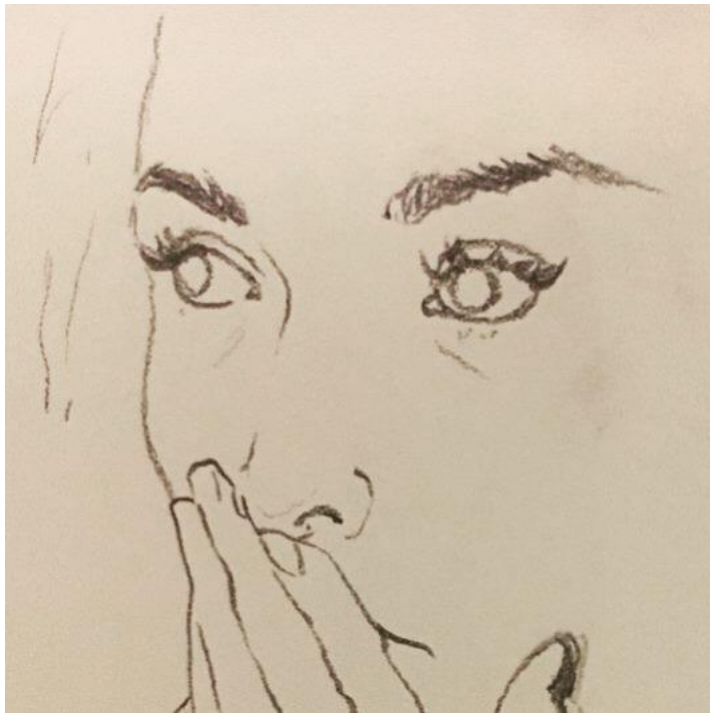
*Para no olvidar*

*Dospuntos*

-Cerré la puerta que entran las moscas.

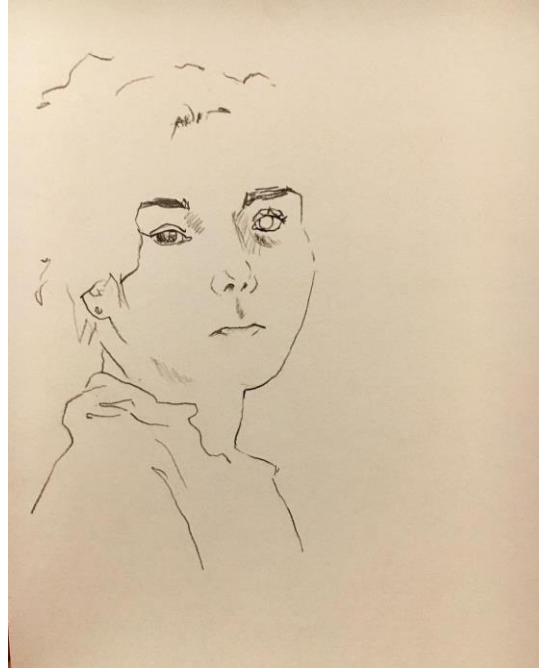
Efectivamente, la galería está llena de moscas. Parecen estar inmóviles, colgadas del techo. De a ratos alguna vuela al lugar que ocupaba la otra, como en una coreografía, manteniendo constante la distancia entre sí. Me siento observada. Como si las hubiera interrumpido en medio de algo.

.....



Y así fue como me domesticaron  
la locura. El último reducto de lo  
imprevisible, lo roto, lo mutante.

Adquirí una locura de texto, de  
guión mediocre con notas al pie e  
indicaciones de un director  
omnisciente.



***Grieta número uno.***

Los bares de mi casa son tres. Uno en la esquina de abajo. Hacen buen café y lo traen con masitas ricas. Lo mejor de todo: es un bar de gente vieja. Lamentablemente uno de los mozos me odia por alguna razón que desconozco. No me trae la cuenta, me trata mal o directamente me ignora. Será cuestión de piel. Hemos llegado a un tácito acuerdo según el cual él ya no me atiende y yo, bueno, yo nada. Acepto el acuerdo, o algo por el estilo. El mozo que me odia delega esta desagradable tarea a sus compañeros, *dos puntos*. Los presento, los explico. Los mozos que sí me atienden son dos. (*uno, dos*) Uno jovencito, rechoncho y tímido que probablemente se llame Matías o Jonathan y viva en la casa de sus padres en Quilmes. No, mejor no. Retrocedo. Taca taca taca, la flechita del teclado para atrás. Probablemente no. *Afirmo, dos puntos*. Uno es jovencito, rechoncho y tímido, se llama Matías o Jonathan O lo que está entremedio, el espacio a definir. O no. El asunto es que ni es probable ni lo supongo. *Se llama* de alguna de las formas que se encuentran entre el punto Matías y el punto Jonathan, incluidos ambos. Cierro. *Period*. El otro es un vampiro muy atento y muy apuesto, que se peina con gomina y me dice señora, a menos de que me ponga los anteojos, en cuyo caso me dice señorita. Vive solo en el microcentro en algún piso alto y a punto de derrumbarse, donde pasa sus días fumando y haciendo cosas de vampiro. Trabaja en ese bar por la cercanía con el cementerio de la recoleta.

El segundo bar (aclaro, parece que me olvidé a donde estaba yendo pero no, no me olvidé. Solo me distraje. Me topé con una suposición. Las suposiciones me enredan, me incomodan y me despeinan las cejas. Entran en la categoría distracción. O desvío. O “cosa con el piso inestable”. La categoría cosa con el piso inestable puede considerarse amplia teniendo en cuenta su aparente especificidad, *dos puntos*. En ella incluyo como ítem primero las autopistas con vientos furiosos y camiones veloces desde el punto de vista de un Spark de color rojo, como ítem decimoséptimo la chica de la clase de los martes que no le gusta que la toquen, y por ahí , ítem más ítem menos anda también la posibilidad de mantener una conversación de más de 6 minutos. *Crac, desenchufo*. Me imagino tres hojas tamaño A4 sin renglones escritas en grafito por ambas carillas. Me figuro haciéndolas, de a una, bollitos, metiéndomelas en la boca y masticándolas. Lo dejo ahí. *Después, después*. Posponer el placer. Escribiré luego luego *luego*. Tan luego que no pueda dormir. *Los mozos de los bares...* Continúo) está a dos cuadras de mi hogar, bajando y a la derecha. El bar, digo. Es una esquina ruidosa donde pasa el 69 resoplando como un taxista enojado y viejo, de esos que parece que en cualquier momento les da un acv, aunque estén durmiendo o haciendo yoga. Es el lugar con las sillas más incómodas de Buenos Aires (Incluyendo CABA, conurbano, Buenos Aires profunda, *etecé*.) El café lo traen en unos cuenquitos muy lindos pero que no tienen manija. Las mesas son incompatibles con las sillas, no se quieren, hay diferencias irreconciliables entre ellas. Están resolviendo el divorcio con los abogados, y sin embargo son forzadas por los incompetentes hippies pseudointelectuales que offician de gerentes a trabajar juntas. Es físicamente imposible cambiar la posición de las piernas (o de cualquier parte del cuerpo del pecho para abajo) si se es un ser humano y se está sentado en esas silla con esas mesas. Es el infierno. Pero la mercadería es fresca y es divertido ir a ver la gente que trata de disimular la congoja que les provoca este tugurio progre. También tienen chocolate con sal, que me gusta. Me da algo de culpa, pero el tema es que a veces voy ahí, y ese es el bar numero dos.

El bar número tres es al que voy más a menudo. Está a medio camino entre el vejstorio del primero y el esnobismo posmo del segundo. Casi normal. Lástima que traen el café en una especie de shot de vidrio sin asa y, en vez de soda, convidan agua de la canilla. Se encuentra subiendo la calle y a la derecha. (En ningún momento aclaré que los conceptos de subiendo/ bajando la calle son literales. La calle sobre la que está mi departamento es pronunciadamente empinada, bajando hacia Posadas, subiendo hacia Alvear. De todas formas nunca comprendí a que se refiere la gente cuando dice subir o bajar la calle si no es en un caso como este. Distracción, ok, vuelvo. *Vuelvo.*) Está sobre una avenida ancha y no muy transitada y frente a una plaza con un árbol añoso que se expande horizontalmente como desperezándose. Tiene amplios ventanales y mesas afuera. Cuando llueve me siento adentro, frente a la ventana, y me hago la simpática con una de las mozas que me quiere seducir. Entretenido. Cuando no llueve me siento afuera y miro a la gente pasar mientras fumo y tomo cafecitos.



Día 14

Han pasado aproximadamente dos semanas. En ese tiempo cumplí años, fui a la peluquería, rompí mi abstinencia de harinas. También saqué la ropa de invierno y comencé a usar anteojos. La última semana de Abril la pienso utilizar para volver en mí, y dormir todos los días en mi casa.

Poco a poco vuelve el sopor del verano. Supongo que la adrenalina es para el cuerpo como una especie de droga, de vicio. Un hastío opaco y pegajoso estampado en las ventanas de mi casa. Qué hacía antes de engañar a mi pareja? *Qué hacías antes de .* Una voz dentro de mi cráneo. No es Gollum. Supongo que podemos tomar eso como un triunfo. El eco de la pregunta queda flotando en mi interior. Estoy como indefinida. Tal vez si cambio el punto de vista todo sea más claro. Eso es, desde afuera puede verse distinto. Procedo.

Escena, *dos puntos*

*\*\*\* se hace un bollo.*

*Explicación número dos*

Escribo para no olvidar.

Escribo para no olvidar. La posibilidad. La potencia. Lo que no existe

Para no olvidar los autos a medio pintar que parecen orcas panza arriba bajo el sol  
el 28 de abril a las cuatro de la tarde.

Para no desaparecer(me)

para no olvidar

a mi madre siendo torpe,

a mi madre y su despiste

a mi madre

siendo madre

*El amor.*

Para no olvidar que hay un algo que tengo en la punta de la lengua

un verbo que no se como se escribe

Qué palabra desea a qué palabra

Para no olvidar lo inútil de las cosas, para eso escribo

También dibujo.

Dibujo como una enferma.

Para no olvidar lo que no puedo escribir. O verbalizar o explicar o enroscar con metáforas  
y elipsis y cosas así que clasifican y dividen y me organizan el mundo cuando no lo puedo  
entender, cuando no lo *quiero* entender, cuando se desmorona y se cae por su propio  
peso y sus propias fisuras y lo estéril de la lógica me golpea en la cara y me grita que nada  
de esto es plausible de existir.

El universo, *dospuntos*

sus grietas enormes que vomitan todo lo que no se nombra.

Esos imanes

que están

en la miel oscura de lo que no comprendo

Dibujo todo

una rayita atrás de la otra, construyendo como las hormigas o las termitas.

Con fiebre. Con urgencia

Dibujo para no olvidar la forma del océano

Para que toda esta nada parezca algo

.....

## Sucesos

da señales de vida.

Lo huele. *Reacción en dos actos.(Uno, dos.)*

### **Acto número uno**

Un líquido pesado y oscuro baja hasta mi estómago. Baja por su propio peso. Se aglutina. Empieza a latir. Mi esternón se contrae, la energía va hacia adentro. La formación de un agujero negro en un punto específico de la galaxia y la marea negra. Hacia adentro. Hacia adentro. Lo que me golpeaba las clavículas hace 17 días late menos intenso pero más profundo contra el laberinto negro negrísimo que tengo tatuado en el plexo solar.

Tengo mucho odio.

No el odio rojo que mueve. Es un odio más negro y más muerto. Un odio apagado y turbio como un fémur carbonizado. Mi determinación es férrea. Firme. Instinto de supervivencia. No voy a mover un músculo. Soy una mujer que baila. *Soy una mujer que baila.*

En la cuerda floja.

## Acto número dos

Explico.

*Dospuntos*

La vibración

De un terremoto en un país lejano

*(Croacia, Australia o Timbictú)*

Puedo sentir que venís. Que avanzás.

Tus cartas sobre la mesa

Dejándote ver

Tu objetivo

vaciarme

O prenderme fuego

consumir

me

*(Creo que vos tampoco entendés porque.)*

Avanzás.

Acá no quedó mucho, ¿Sabés?

Solo lo suficiente.

Una forma de no ardor

acumulando

todos los fuegos

Y todos los años

Desde antes que la tierra fuera la tierra y que el mundo fuera el mundo

Acá solo quedamos

*(Aguantamos, esperamos,  
ajándonos sólas y sólidas. Amén)*

Vestidas

De negro carbón

*La fortaleza en lo sucio. Lo consumido. Lo inmóvil*

Acá solo quedo yo

Y mis otras

aglutinadas

por el líquido oscuro de mis entrañas

*Tengo quince años*  
*No*  
*Doce*  
*No*  
*Más atrás*  
*Andá más atrás*

*Tengo diez.*

*Ahí.*

me localizo en el punto primigenio  
la primer sangre  
La consciencia de mi propia uteridad  
mi capacidad gestante  
*la vida adentro de la vida*  
Que se escurre

*(Espesa)*

Desde el dolor animal  
Pongo en imagen, aparece, lo tengo en las manos y lo toco  
mi hábitat múltiple  
unido y desmembrado  
y re-unido  
por el líquido amniótico.

*El dolor es un arma*

Lo tengo  
Me tengo  
En este instante te espero sentada muy quieta con la mirada firme y los hombros anchos  
En este instante soy todas mis mujeres  
cuidando el nido  
Soy  
mis propias crías  
Una araña  
Negra  
negrísima  
Ya me he consumido y reducido a cenizas  
Estoy irrevocablemente muerta  
y estoy prendida a la vida  
con la violencia de un recién nacido  
Aguardo  
leve  
la estocada  
abierto intento de herirme

Tus confesas intenciones de destriparme como un pescado

*Crac! El bisturí bajo el mentón*

*Squish*

*Desliza*

*Hasta el pubis*

*Corazón, intestino grueso intestino delgado, pulmones dos (uno, dos)*

*Afuera, deshilvanada*

La mirada perdida

y te irás a pescar de nuevo.

Vas a venir

es inevitable

*El movimiento*

Estoy lista.

No hay más ficción.

Te espero.

.....

## **Detención.**

Voy por la calle. Dónde es? No recuerdo. Ah, no recuerdo (*El reloj, tictac tictac. Todo se desvanece*) Estaba sola y era de noche. Reciente.

Estaba corriendo. (*Suspira.*)

Estaba corriendo y tuve una certeza. No me gustan las certezas. No las de este tipo. Estaba volviendo de correr y como cuando corro o cuando manejo o cuando miro a cualquier lado, enfoco y compongo. Y no puedo creer en la belleza de las cosas. (Hablo en sentido literal, no estoy intentando mediante ningún artilugio ni ninguna exacerbación poética ensalzar mis sentimientos. No puedo creer la belleza de las cosas, es un dato más.

Objetivo, real, científico y todo eso. Punto. *Period* )¿Por qué siempre mi realidad está tan, tan, linda? entre sus oscuros y sus claros, sus espacios negativos, sus formas sinuosas y fantásticas que son más que un cuadro, como las historias de mis tías y mi madre que son más increíbles que un montón de películas juntas. Voy de imagen en imagen. Estoy corriendo y veo unas formas a lo lejos. En las sombras. Como una naturaleza muerta. Inmóvil. Me acerco. Es una familia. La gente cuando vive en la calle se tiñe del color de la ciudad. *Es muy triste esto.* Son cuatro. Son dos mujeres y dos hombres. Todos concretos, amplios. No se como tienen la mirada. Uno, el hijo probablemente, está en silla de ruedas. Están todos sentados. O derrotados. O no. Son reales. Son una familia que vive en la calle. Come, duerme, caga en la calle. Ama en la calle. Es probable que mueran en la calle. Yo veo cómo se relaciona un color con el otro. No puedo evitarlo. Observo el balance entre lo curvo de los cuerpos, lo blando, y los ángulos rectos en los que descansa su estructura. *No puedo evitarlo.* Los espacios negativos entre ellos, y su relación con el entorno. La chica, la hija, tiene la cabeza hacia atrás en una postura que recuerda al guernica, o a algunas pinturas de muralistas latinoamericanos. Toda la escena tiene *eso*. Es una escultura. Y son personas. Sigo corriendo con una cosa que como que me desinfla el pecho. Me gustaría pensar en la grieta, en la ficción, en cosas. En como veo la realidad, y porqué la tergiverso de esta forma. Esta forma interesante. Pero hay algo que se parece un poco a la culpa y un poco a la impotencia que me dice que no. Que veo a la gente como parte de la vereda. *A cierta gente.* Como un trozo de paisaje, un container, un prócer de bronce o una bolsa de basura.

A veces tengo la certeza profunda, dolorosa, de que no hay tal ficción.

## Confesiones

### **Variaciones sobre \*\*\* y lo que no existe.**

#### Variación Número uno

Me gusta la cosa rara que hay entre las cosas. Mucho. Me gusta la espera para verla. Esperar los martes. Esperar algo. *Al menos espero algo.* Me gustan y me asustan los silencios entre una cosa y la otra. A veces son silencios de nada. Silencios de ni si ni no, de no se. Silencios donde no se si. Otros son silencios nerviosos. Silencios que funcionan.

B – A ver, teneme el cosito este. –

A– *(Mira el buzo medio riéndose)*

B– Que?

A. Nada, el cosito.-

#### Variación número dos

Me gusta esto, y que sea consciente de su existencia. O que eso parezca, pero siempre de una forma medio indefinida. Que justo cuando parece que se puede tocar, desaparezca o se deshilvane. Y que igual sepa bailar con eso.

-Lo que menos importa es lo que se dice. Hay una escena en una obra de Chéjov en la que el personaje principal habla de botánica con la chica. Mucha gente piensa que en esa escena no pasa nada interesante mas que él hablando de botánica. Lo que no ven es que en realidad el personaje intenta seducirla.

*Tienen cara todas medio de que no entienden. Él explica. Le encanta explicar. Podría encontrar infinitas explicaciones y ejemplos a las cosas del mundo. Es un explicador serial.*

-Por ejemplo, una cosa es decir “Bueno, las especies de las plantas son estas, hay varios tipos (*Habla como si tuviera un esquema o un mapa enfrente, y señala cosas sin demasiado interés. Como un profesor*). Cada tipo tiene un subtipo según la forma de las hojas y si son perennes o no, etcétera

Otra cosa es “Bueno, las especies de plantas son estas, hay varios tipos. Cada tipo tiene un subtipo según la forma de las hojas, si son perennes o no, todo eso.





**Día 18**

Ayer no lo busqué

Explicación número tres

Escribo para perderlo.

*Sacarlo de mis entrañas. Desinfectarme*

Escribo para encontrarlo.

*Desde el hambre de inventar. La necesidad de  
construir para no morir. Para no quemarme. Llenar  
el vacío de lo que no conozco.*

Escribo sobre el océano para recordar que estoy viva

En un mundo con leyes físicas

Con gravedad y termodinámica

*El cuerpo sin sostén colapsa sobre sí mismo*

Escribo poco sobre el océano

*(\*\*\* toma aire e intenta mirarlo a los ojos)*

A veces olvido

Cuanto te quiero.

Es difícil encontrarte por todos los bordes que compartimos,

Y recordar que entre todas las ficciones

Vos sos real

Tan real

Que me da vergüenza

Y huyo

Hacia mí

Y mis letras inventadas

A veces olvido

que existe la tierra.

Supongo que sería peor que la locura no me guste

*Eso sería tener la sangre seca y las manos  
muertas*

Se

Que es peor estar loca

*El caracol, la ostra. La derivé*

Solo queda

el movimiento

inevitable.

*Soy una mujer que baila  
en la cuerda floja.*

no aparece. Algo anda mal en el universo. La ansiedad.  
. Era inevitable. Tenía una razón válida: estoy enfermando, como engendrando un embrión maldito. El silencio lo lleno c Puedo ver como de a poco me voy despegando de la realidad para vivir en un mundo inventado. Creo que soy como un perro de caza, (No no no, corrijo. Soy un perro de caza. Tengo cuatro patas, pelaje, instinto. Decreto en este momento mi existencia ficticia como perro cazador. *Period*). No está en mi naturaleza abandonar a mi objetivo. Tengo que encontrarlo de alguna forma. Tengo que encontrarlo antes de enloquecer. Y conservar algo de dignidad, en lo posible. Pasa que es muy poco, es muy poco una vez por semana. Es imposible. Todo.



“Quizás lo que hace es cambiar el destino de \*\*\*”  
en mi interior. Estoy manejando hacia Villa Crespo, pensando en gris. Sus palabras se desgranán. “...cambiar el destino de \*\*\*”. El eco en mi cráneo. Lo pierdo por un segundo, hasta que un ardor leve pero concreto en mi pecho confirma su peso. Un ardor cobrizo que nace en el hueso que une las costillas y se extiende unos dos o tres centímetros hacia los lados. Es como vértigo. Un cartel silencioso que reza *curva pronunciada dentro de 500 metros*. Un cartel real y tocable que anuncia impertérrito la posibilidad existente de que mi vida como la conozco desaparezca. *La posibilidad siempre está*. La voz en off se parece un poco a la voz de mi profesor de danza cuando habla de cosas que no entiendo. *Nada de lo que conoces es real, ya desapareció. El futuro es incierto y el pasado no sabes si existió. El presente dudas si es real o ficción...* Y sigue. Lo dejo que hable.

Tal vez \*\*\* no quiera que su destino cambie. O no de esta forma. Tal vez cierta parte de \*\*\* quiera quedarse tranquila flotando en el océano, y le alcance solo con sacudirse a F de encima...  
Mis piezas se están moviendo. Los engranajes cambian, no puedo controlar dónde van a caer los dados. Ya no es quien soy sino quien voy a ser. Y solo puedo bailar, bailar y bailar. Escuchar dónde está mi centro de gravedad y seguirlo hasta el final. Dejar que decida mi cuerpo, porque él nunca tiene miedo.

.....

## Distracción

Es abril y hace frío. Temporada de arrepentimiento de los fumadores. Es uno de esos días de frío seco, para salir con frazada. El viento parece que va a derrumbar el mundo. No se ve el sol, el cielo es de un color blanquecino o grisáceo que se funde con la ciudad. No existe la más mínima posibilidad de que ese día llueva, pero contiene dentro de sí la violencia del temporal que seguramente mañana inunde Buenos Aires. Fantástico.

Afuera del bar número uno hay dos hombres extraños. Corrijo. Hay dos hombres con actitudes extrañas. Están sentados en la mesa de a lado de la puerta. Ambos miran al frente. Impertérritos. Disecados como dos zorros de ojos amarillentos.

HOMBRE DISECADO NRO 1-



.....

SiIGUE

.....



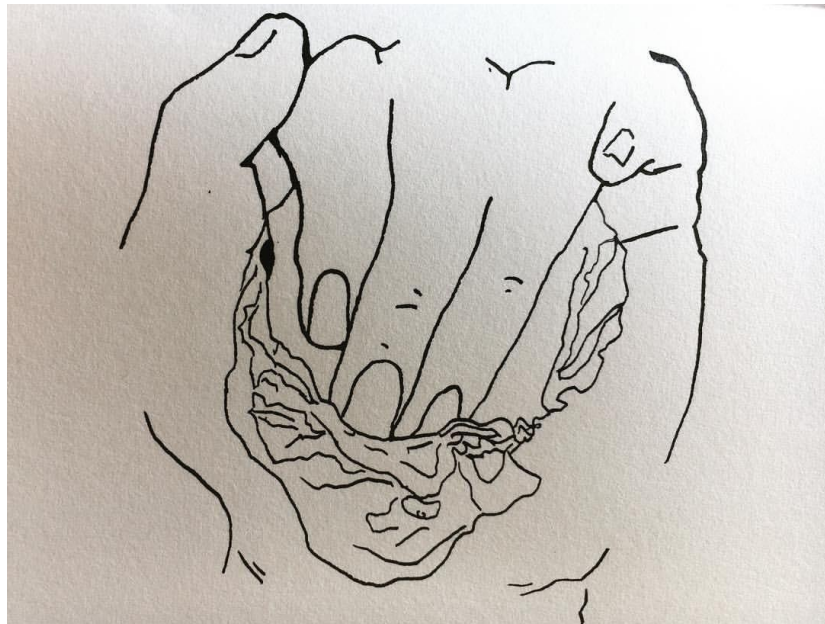
## Aclaración

Hoy odio el océano.

Odio las olas que se rompen en la orilla armando pedacitos de encaje blanco. Odio la superficie calma y feliz que parece aceite azul, un horizonte de aceite azul en todos lados, el aceite azul pegado en los ojos. El olor de la sal me provoca arcadas violentas como la embestida de un rinoceronte. Siento algo desde el fondo. Algo que existe solo en el fondo, abajo, muy abajo, pasando la barrera de coral y el hogar de tiburones y ballenas y calamares. Más o menos donde solo hay silencio y el peso aprieta fuerte y sólido. Ahí, existe algo que odio.

En el fondo del océano hay un elefante muerto.

Tiene la piel muerta y las orejas muertas. La lengua enorme yace laxa, viscosa, muerta, en el fondo del paladar. Muerta dentro de un cráneo muerto. Muertos están los riñones en el vientre. Los intestinos, el páncreas, el hígado. La vejiga. Todos muertos. La muerte dentro de la muerte. Los descomunales montículos de carne muerta que ahora son los pulmones se extienden, porosos, en la jaula de costillas. El océano lo cubre todo por fuera y por dentro y por entre medio, por los intersticios. Se mete entre los dientes y debajo de las uñas y acelera el proceso de descomposición. Como en una relación simbiótica, el océano pudre al cadáver y el cadáver pudre al océano. Infecta todo con una película babosa.



.....

Sobre los rituales:

En la feria del libro se imparte una charla sobre los rituales del escritor.

Debo admitir que no me encuentro los rituales. Por más que busque un patrón, una obsesión, no los encuentro. Me representa lo mismo escribir en tinta sobre papel importado o con delineador de ojos sobre una servilleta. Aporrearía las teclas de una máquina de escribir centenaria a la que le faltan un par de consonantes y la barra espaciadora funciona de vez en cuando con el mismo entusiasmo con el que le dictaría mis textos a un escriba privado, con título universitario y que se siente honrado de prepararme el café. (Escriba que por cierto concibo imaginariamente igual al mozo de Alvear, el rubiecito que se estampó contra la vereda)

Aplico la misma regla al dibujo.

Tengo mis preferencias, claro, pero en cierta forma me molestan los escritores que no solo escriben bien sino que tienen una serie de rituales para hacerlo. Los movimientos preestablecidos, como una coreografía de calentamiento. No me interesa. Si hay que escribir, hay que escribir porque sale de las tripas. Porque lo pide el cuerpo (para evitar el estreñimiento, las pústulas olorosas, la halitosis crónica y demás sintomatología asociada al no contar) Creo que una persona/personaje/lo que hay en el medio se vuelve plana, aburrida, si escribe bien y tiene un método. Es como provocar el estornudo, controlar el hambre o decidir cuando enamorarse (*Eso sería tener la sangre seca y las manos muertas*)

Me prefiero escribiendo, como puedo, en los semáforos.

O aun mejor, a Carlos Gutiérrez.

(Lado b)

.....

.....

Acabo de forzar el desenlace. Rompí la escena. Tengo que sobrevivir una semana (con algo de suerte menos) hasta que termine la historia. O empiece.

No se si quiero. No entro en mí. Todo esto es irreal. Los colores brillantes como de televisión vieja de esas que tienen caja y son de color gris, y cuando se apagan reflejan en fondo marrón mi cara de nada. Me alejo del A real y me meto en el A de internet que es el mismo pero es de mentira todo es de mentira en internet todos son de mentira, no tienen peso, no sangran no lloran son solo bits uno cero uno cero y así hasta el infinito o hasta donde se termina el océano o sea ningún lugar estoy en un planeta rodeado de agua sin tierra firme y las olas me mecen me llevan me abrazan y me ahogan a la vez las olas y el olor a sal y las gaviotas que giran a mi alrededor como cuervos o como autos voy a implosionar sobre mi, el elefante muerto me rodea con su trompa por un tobillo el izquierdo, mi pie no hábil, con suavidad, con amor y delicadeza, y de a poco me hundo en mis profundidades, las profundidades del océano, su oscuridad, mi oscuridad, indiscernible, inseparable, lo dejo que invada mis resquicios, dejo el agua fluir entre mis dientes y mis pulmones se llenan de líquido amniótico y me voy ablandando de a poco y desarmando y un poco muriéndome y un poco dejándome morir llego al fondo y me acurruco entre los órganos del elefante, adentro de su caja torácica y sus órganos viscosos y podridos me abrigan acá abajo donde el silencio apaga el fuego y todo es lento lento lento y la realidad es una sola la del fondo la realidad es una sola la del fondo donde solo se puede estar siendo uno con las toneladas de agua la realidad es una sola la del fondo donde solo se puede estar fundido o mezclado o podrido con las toneladas de agua y solo se puede estar una y otra vez muerto más muerto y más blando hasta ser una cosa como un agua viva pero muerta y después de un agua viva desperdigarse y ser el océano

Ser el océano

.....

Voy a enloquecer.  
Más.

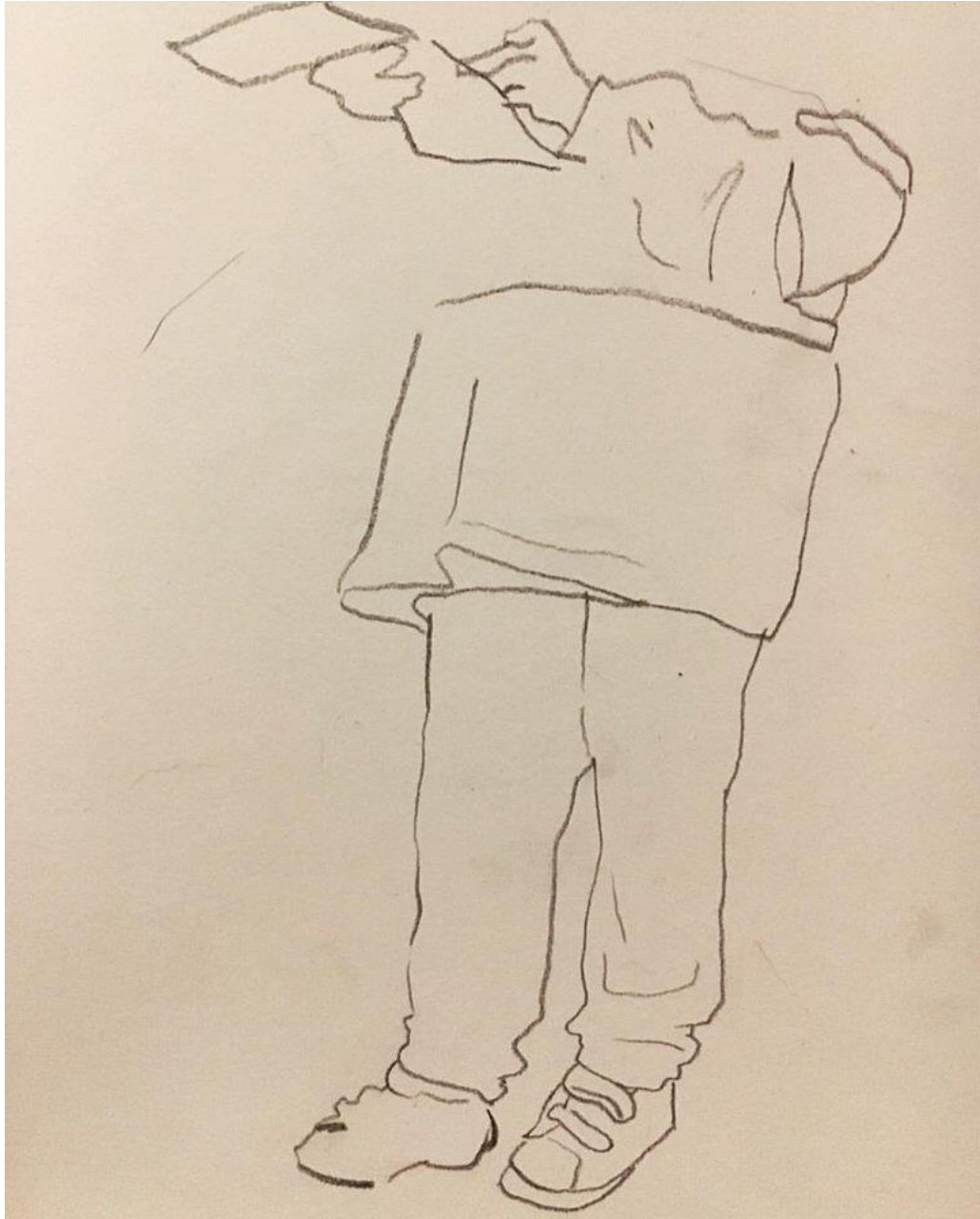
.....

Un buen libro tiene que arruinarte la vida. Como mínimo. Darla vuelta como una media o como una tortuga. Que se convierta en un trozo de materia inútil. Si la vida fuera una mesa, inevitablemente cuando quede patas arriba perderá toda utilidad que le fuese atribuida anteriormente. La mesa perdería así su historia de vida, su meta, su destino. Todo lo que la mesa pensó que era, desde el momento en que sus cuatro apoyos miran al cielo, se derrumba o se desvanece en el aire. La mesa en este momento solo puede mantenerse pegada al piso( literalmente ahora el mayor porcentaje de su superficie esta en contacto con la tierra). Sentir su peso propio y el de las circunstancias. Todo eso, por un montón de letras. Un montón de letras que, necesariamente, son un punto en el universo que aglomera toneladas de energía. La única opción viable para el nacimiento de un buen libro es dejarse arrastrar, o arrasar. Dejarse poseer. Permitir que la ficción lo sopapee a uno en el desayuno o en la ducha o cruzando la calle. Perder los límites. O encontrarlos, que es más o menos lo mismo.

Para hacer un buen libro hay que ser consciente de la propia locura. Ser consciente desde el cuerpo, ver el animal oscuro que acecha por todos lados. Los minúsculos huevecillos de la locura alojados en todos los entre entre el intestino delgado y el grueso, entre una vena y la otra, debajo de las uñas. Sobre todo debajo de las uñas. Ese lugar cálido entre la carne blanda y sensible y la falsa solidez de las garras humanas.

Y hay que insistir. A toda costa. Insistir con el entusiasmo inagotable. Ser una máquina de insistir con el combustible infinito. Insistir hasta el hartazgo, hasta desfallecer. Insistir en todo. Que el odio sea odio, apretar hasta que no sea un odio doméstico sino un desastre, una bomba nuclear. Insistir hasta que la calma sea un planeta cubierto de silencio algodónado. Hasta que se rompa.

Hay que insistir hasta el llanto, insistir hasta en la duda. Profundizarla. Hacerse cargo de la indecisión como parte del propio destino. Aceptar la imposibilidad de que el camino sea el mismo dos veces.



.....

## El hábito

lo que hacemos todo el tiempo se acumula dentro de nuestro organismo como la nicotina o el mercurio o el litio. Sobre todo el litio. Con el litio lo que se acumula es su contenido matérico, es decir 500mg/día, y además su contenido conceptual es decir la *idea* de litio, la consciencia de estar consumiendo un producto pensado para evitar o reprimir o apagar la locura, que se suma a través de los días enganchado al litio tocable y medible.

El concepto de hábito abarca todos los patrones posibles *dospuntos* es decir costumbres reacciones gestos instintos es decir relaciones entre una forma y otra que se repite a través del tiempo.

Insisto en la idea de escribir como insistir. *Insisto en insistir*. Insistir en el hábito, el camino ya recorrido, insistir con fiereza y acumular hasta que el cuerpo no lo pueda soportar más y el elemento del hábito deba necesariamente transmutar y encontrar un nuevo camino. Un camino virgen y oscuro. Escribir es meter presión al carbon para convertirlo en diamante. O mejor, es batir la crema hasta que se corte.

Si lo que se insiste es en el carbon y en la crema, los dos productos finales serán necesariamente inútiles. Para qué sirve la manteca si estamos haciendo crema?

Hay que disociar, es decir, *dospuntos* hay que aceptar el fracaso como única resolución, pero el cuerpo tiene que insistir como si no supiera, con la esperanza encendida en el pecho, firme y precisa. Arrojar al vacío, a la muerte, al inevitable estallido del cráneo contra el pavimento. Convencerse del propio fracaso y transitar su acontecer con perverso placer. Convertirse en un obseso de la derrota, un fetichista de la frustración. Saberse (*porque siempre se sabe de antemano*) absolutamente incapaz de parir algo similar a lo que se quiere decir. Verse como un ser que *no puede* poner en grafismos de cualquier tipo lo que se quiere o intenta agarrar para que no se vuele. Solo se puede dejar registro del *síntoma* de eso que queremos decir. Es decir, *dospuntos*, la palabra escrita, el dibujo, son la expresión de la enfermedad, pero no la enfermedad directamente. (*En este punto el lenguaje se me va haciendo arena y empieza a surgir la necesidad del gesto, literalmente el gesto, el movimiento de las manos, la expresión facial, la pulsión del cuerpo de hacerse presente como forma de explicar algo que sabe que no se puede explicar*). Como un virus imposible de aislar, lo único a lo que tenemos acceso es al signo que remite por una relación arbitraria y movable a eso. El laberinto primordial es la relación entre significado (Eso que hay entre una cosa y la otra, la poesía, lo que no se entiende) y el signo que lo engloba o lo cierra o lo domestica. El laberinto cambia y muta todo el tiempo, la escritura no es más que una puesta a punto de estas relaciones, de estos cambios, de lo que nos llega hasta la superficie del océano.

Un buen libro no puede ser imparcial. No puede ser tibio.





El hombre que se sienta a pensar y tomar vino solo en el bar numero uno lo hace solamente los martes por la noche, a eso de las siete y media. Como fuma tiene que sentarse afuera. Elige la mesa cuádruple del medio y se sienta mirando hacia ayacucho, es decir, igual que yo. Toma vino blanco y envuelve la base de la copa en una servilleta. Se come el appetizzer que viene con la bebida, fuma, y piensa. De vez en cuando manda un mensaje de voz por el teléfono viejo. Es un hombre de treinta años pasados que viste de azul o de color tierra tirando a mostaza.

Pasa aproximadamente una o dos horas en el bar todos los martes.

El hombre que se sienta a pensar está bien vestido. Puede pasar por artista, diseñador, empresario, marchand.

Asesino a sueldo.

.....

Día 32

Es Mayo, oficialmente hace frío. Hace dos semanas que me duermo a las 4 y me despierto a las 15. Dejé de ir los sábados a la facultad. Estoy corriendo bien. Tengo pesadillas ininterrumpidas. He adoptado la costumbre de manejar para pensar y hablar sola en el auto. Dibujo todos los días a mi gato. A uno de mis cactus le salió un hijo nuevo. El mozo del bar numero uno decidió atenderme. Comencé a odiar los rodetes. Me indispuse dos veces. Mi casa está en orden. Tomo la medicación y como lo mejor que puedo. Es más, hoy no fume ni un cigarrillo.

Se fue. Lejos. Mejor. Que se quede ahí.

Yo oscilo entre la resignación de un cadáver y el colapso nervioso. Olvidé comentar que el martes mientras pensabamanejaba me largue a llorar. Tuve que estacionar. Estacioné en contramano sobre la calle Quintana. Alrededor de 6 o 7 minutos después un hombre me golpeo el vidrio para ver si estaba bien y avisarme que era contramano. Yo me compuse y le dije que si, que ya sabia, gracias buen señor recoletense, estoy llorando como una criatura pero soy perfectamente capaz de sonreírle como una señorita para hablarle a usted. Una dama, eso es lo que soy. Una dama.

Desde que cumplí 24 años, mas o menos, algo en mi interior se convenció de que la vida no tiene sentido. Literalmente, no tiene sentido. No tiene sentido levantarse antes del mediodía. Ni después. Ni nunca. No tengo nafta. Me limito a registrar todo entre las 10 y las cuatro de la mañana en un cuaderno negro, comer afuera, fumar, tomar café, ladrarle al océano. No quiero ladrarle más. Es inútil.

Para ambos.



.....

El hombre del bar.

Hoy, luego de tres martes consecutivos de cruzarme al hombre que toma vino y piensa en el bar número uno, no vino.

Mi bajada a tomar café se vió algo empañada por su ausencia. Fui con cierta expectativa, de verlo ahí sentado, medio meditando medio congelado. En cierta forma, los hábitos hacen que nos domesticemos involuntariamente entre sí. Estas cosas pasan cuando se vive cerca de *gente*. Como que se convierten en parte del paisaje, del hábitat propio. Vuelvo a los hechos. Qué puede haber provocado que el hombre del bar suspendiera su copa de vino?. Observo. La mesa en la que se suele sentar no está. O sea, si hay una mesa. Pero no es su mesa. No es la mesa cuádruple, cuadrada, con un banco como de plaza a cada lado. En su lugar, hay una mesita redonda, como la que sostiene mi cuaderno en este momento, y dos sillas metálicas mirando hacia Ayacucho, una al lado de la otra. Pregunto, es el hombre del bar el tipo de persona capaz de irse de un lugar porque no está su mesa?. Mi instinto me dice que sí. No. O bueno, sí, pero me corrijo. El hombre del bar es capaz de irse de un lugar porque no está su mesa. Vino, vió la mesa y, con cierta desazón, regreso a su hogar. No, no, no. Tampoco. Insistiré sobre lo que se, lo que conozco. El hombre del bar es.

Cierra la puerta de calle, baja por Schiaffino, dobla a la derecha en Posadas. Un regustín agrio lo invade cuando ve que, en vez de su mesa cuádruple, hay una minúscula mesa redonda de un desagradable verde inglés. No está su banco, cuyo lugar ocupan dos diminutas sillas de caño. Frías. Alumínicas. Frunce un poco el ceño y se sienta igual. Es un adulto, un profesional, que quiere tomarse un vino. Ninguna silla fea se lo va a impedir. Adelante y atrás de la mesa redonda hay dos mesas de las que le gustan, pero su cercanía con los árboles le impiden ocuparlas. Le da sensación de encierro, de claustrofobia.

Se sienta. Intenta quedarse. Juro que lo intenta, con toda su fuerza de voluntad.

A las 19:21 el hombre del bar dobla, enfurruñado y con el culo frío por la silla de metal, hacia la izquierda, en Schiaffino. 19:26 yo llego a la esquina de posadas y ayacucho, para no encontrarme ni con el hombre ni con su mesa. Solo me acompaña una señora que al minuto de sentarme, como estoy con lápiz y cuaderno (o porque bajé medio en pijama) me pregunta si soy escritora.

*Ojalá, señora. Ojalá.*

*Libro de los dos lados ¡!*

*¿Qué?*

**A: - No, que si te parece que vayamos juntos. Digo, ya que vamos a ir los dos... si querés, obvio, si no tenes con quien ir...**

Me miró medio muerto de miedo y medio valiente, como un animalito. Llegué a contar dos ojos verdes, dos cejas un poco titubeantes, un montón de pestañas enredadas y de pelo raro. Veinte dedos dormidos adentro de los bolsillos de la campera demasiado grande y demasiado vieja. Todo eso llegué a ver mientras me derrumbaba.

Todo eso llegué a ver, y se me caían los ladrillos en silencio como en las películas viejas. Y la fuerza de gravedad me reducía a un montón de escombros. Y del polvo y la mugre y de mis partes deshechas adiviné la silueta del fracaso. Un fracaso real, tocable. Un fracaso rotundo, espantoso, con víctimas fatales. No un fracasito tímido que se soluciona huyendo por la puerta de servicio. No, este muchacho no se lo permitiría.

Supe que al principio todo sería maravilloso. Amaría su silencio y su sonrisa. Hasta me resultarían adorables sus rodillas, demasiado abajo, o sus orejas, demasiado grandes, o tus entradas, demasiado, bueno, existentes.

Viviríamos el cortejo como dos niños. Nos iríamos encontrando despacio, conteniéndonos cada vez menos. Nos aprenderíamos de memoria, jugándonos y mirándonos y comiéndonos como criaturitas que recién ven el mundo.

Si, será maravilloso. Pasaremos el invierno al sol inventándonos historias y mordiendo los relojes para vernos. Nos vamos a esconder por todos lados.

Llegará el verano. Nos quitaremos la ropa.

Cuando vuelva el frío, seguramente me pinte el pelo. Elegiré el color negro, negro como la muerte, negro de chica grande. Contendré la decisión en mi pecho hasta que pase mi cumpleaños. Un día de Junio, escudada tras mi melena azabache y mis labios pintados como para la guerra, abandonaré al oceano. Como ves, aquí empieza el baile verdadero. Abandonaré al hombre que me ama. Mi madre no me hablará por un tiempo. Mi padre intentará entenderme con sus ojos de marinero viejo. Yo lloraré durante semanas.

Dedicaré mis días exclusivamente a llorar encerrada en mi casa, y dormiré en el sillón como hago siempre que estoy muy triste. La primera semana no te dejaré entrar. La segunda vendrás de a ratos a intentar alimentarme. La tercera dormirás conmigo. La cuarta saldré al sol de tu mano a tomar café. Planearemos un viaje. Planearemos el viaje. Con los primeros calores estaremos volando a algún lugar lejano. Seremos terriblemente felices. Me convertiré en una dibujante de renombre, te convertirás en un director de renombre. Daremos vuelta todas las cosas tomados de la mano.

Un día, me engañarás.

Con alguna mujer maravillosa a quien dirijas o una bailarina increíble con la que compartas el escenario. Ya tendrás algunas canas y habrás dejado de usar zapatillas. Yo me voy a enterar, y voy a arder. Te odiaré por dos meses. Destruiré todo. Pero volveré al poco tiempo. Volveré herida y ya vislumbrando el desastre. No volveré feliz, volveré contra mi voluntad. Pasaran algunos meses. Te engañaré esporádicamente con mi ex marido. Vos lo vas a saber y nuestra felicidad se irá transformando en una pelota horrible y pegajosa de celos y sexo y violencia. Nos agotará emocionalmente. Fracasaremos una y otra vez, una y otra vez. Terminaremos habitando una cosa oscura y desagradable donde yo odio tus orejas y vos odiás el sonido de mi voz.

Vos vas a lastimarme repetidas veces.

Yo voy a rayarte el auto.

Vos te vas a quedar con mi gato.

Nuestras familias van a odiarnos y al mismo tiempo odiarse entre sí.

Vas a hacer una obra de teatro sobre la mujer que te arruinó la vida.

Voy a escribir un libro sobre el hombre que me arruinó la vida.

Seremos terriblemente infelices. No podremos establecer nuevas relaciones. Nos convertiremos en seres oscuros, resentidos y orgullosos. Y cada tanto volveremos a

insistir, como dos enfermos, en nosotros. Volveremos a insistir, con fiereza y con entusiasmo en este gigantesco,

rotundo

y hermoso fracaso.

***El hombre desconocido.***

Un hombre es un punto en el universo.  
donde lanzarme  
grave, precisa.

Un hombre es un punto oscuro.  
El continente microscópico  
de la posibilidad.

Un hombre es el lugar inexistente  
a donde me dirijo.

Un hombre es más.  
Siempre  
es más  
de lo que digo.

Un hombre es  
la sumatoria de sus partes pares

*Sus ojos sus piernas sus brazos*

*Sus manos*

*Sus hombros como dos ciervos gemelos*

Y también  
sus individualidades

*El corazón*

*El ángulo de su nariz*

*Y en su costado izquierdo*

*la primera mancha de tinta rojiza.*

Un hombre es  
el borde de un ser insignificante  
que intenta domesticar el centro de mi galaxia.

Un hombre es todo  
lo que toca su silencio.

Es el movimiento involuntario  
Es la fuerza de arrastre  
Es el anzuelo en el vientre.



Un hombre  
es terrible  
Es inevitable.

*Este hombre es*  
a mí  
el imán  
en lo desconocido.